

ALONSO, Gregorio, *La nación en capilla. Ciudadanía católica y cuestión religiosa en España (1793-1874)*, Granada, Comares Historia, 2014, 376 pp.

Al acercarnos a las páginas de *La Nación en Capilla* sorprende, en primer lugar, la capacidad de su autor para distinguir con precisión los aspectos que rodean la relación entre política y religión, desde la perspectiva de la secularización decimonónica, teniendo en cuenta la complejidad del concepto. A primera vista se trata de un proceso caracterizado por la regresión social de la religión del que deriva una nueva forma de concebir el mundo. Pero la secularización no es un aspecto más ligado a la modernización. La idea de un mundo sacro o plenamente secularizado no se presenta en estado puro. No existe como concepto general, simple y unívoco, corolario del curso modernizador. Se manifiesta más bien como un fenómeno de “guadianización” que obliga a incluir constantes matices y nuevas interpretaciones capaces de ampliar enfoques que giran exclusivamente sobre el estudio de las relaciones Iglesia y Estado.

Un análisis en profundidad nos lleva a tratar de calibrar sus manifestaciones e impacto social, siendo en este sentido el anticlericalismo una de las que ha propiciado más debates en torno a su naturaleza, ya que toca tanto la esfera política y económica como la social. En realidad puede concebirse como una faceta más de la progresiva pero desigual mengua del control eclesiástico sobre la vida de las gentes, visible en muchos campos. Algunas de las posiciones que intentan definirlo o encuadrarlo están impregnadas por una primera interpretación negativa que lo presenta como algo destructivo e irracional. Sin embargo, las variadas dimensiones que adquiere a lo largo del siglo XIX ponen de manifiesto dos elementos clave: por una parte la necesidad de superar tanto las simplificaciones como las categorizaciones excesivas, que establecen tipologías de “anticlericalismos” en función de los discursos que los envuelven y que los interpretan como erupciones inconexas; por otra, que el telón de fondo sobre el que se manifiesta este fenómeno es un desajuste crónico entre una Iglesia identificada con posiciones absolutistas y

una construcción coherente del liberalismo. Los puntos más álgidos del conflicto clerical-anticlerical ponen de manifiesto la polarización social y la inestabilidad política que caracteriza la construcción del liberalismo hispano en su encuentro con la esfera religiosa. Así pues, la secularización, desde una perspectiva amplia, y el anticlericalismo, en sus momentos de particular intensidad, evidencian que la dinámica política, institucional e identitaria estaban sufriendo una transformación de gran calado que tocará directamente los andamiajes legitimadores de las estructuras sociopolíticas.

La complejidad dialéctica de esta obra se desenvuelve en un marco cronológico amplio que permite al autor realizar un análisis pormenorizado del conflicto, desde los primeros discursos contra el comportamiento del clero, con una clara vinculación moralizante, hasta su punto culminante representado por la Constitución de 1873 y su clara apuesta por la separación de la Iglesia y el Estado. La aparente linealidad cronológica no es más que el escenario sobre el que se sitúan diversos actores y tramas con el objetivo de reflejar y reflexionar sobre los avances y los retrocesos de una pulsión secularizadora con entidad propia que se manifiesta con fuerza frente a la idea de un catolicismo inscrito en el ADN social hispano.

Desde estos planteamientos el libro, a través de un relato atractivo y muy documentado, parte de la géne-

sis y el desarrollo de las sucesivas estrategias diseñadas para construir una ciudadanía católica a través del compromiso confesional, visible en los diferentes hitos constitucionales desde 1810. Con mayor o menor intensidad los privilegios cedidos al clero en materia de control social buscaron consolidar un liberalismo fundamentado en el orden y en una idea nacional vinculada al catolicismo como fuerza vertebradora, capaz de definir una realidad nacional única, sin fisuras. Por tanto, con los moderados en el poder la confesionalidad se asume como un referente identitario, consustancial a la idea de españolidad. La enorme ascendencia de la Iglesia en materia educativa y en general social configura un entramado discursivo en torno a un horizonte en el que convergen las creencias y los valores de la ciudadanía. Pero sus resultados no fueron los esperados ya que no solo quedó excluida la tolerancia religiosa de ese horizonte, sino también la posibilidad de incorporar plenamente conceptos como soberanía nacional o libertades individuales inherentes al propio desarrollo del liberalismo.

A partir del marco cronológico Gregorio Alonso compone tres áreas de estudio bien definidas. En primer lugar dibuja la situación de las relaciones de la Iglesia con el Estado en el último tramo del Antiguo Régimen. Para ello, se centra en la dinámica del sistema regalista y la construcción del

pensamiento teocrático, un aspecto de gran relevancia, fundamental para comprender la posterior adopción de una estrategia de resistencia violenta a las instituciones liberales por parte de algunos sectores del clero. El segundo campo de análisis se centra en las fórmulas utilizadas en la construcción de una ciudadanía católica durante la etapa moderada. En este sentido el Concordato de 1851 es la expresión más clara tanto de la utilización de la Iglesia como transmisora de los valores liberales como de los privilegios adquiridos por la Institución. En el tercer bloque el autor analiza el impacto social de la dinámica secularizadora impulsada por las fuerzas progresistas, con un claro protagonismo del discurso anticlerical en sus diversas manifestaciones y especialmente su incorporación a la cultura política republicana y laica, como elemento identitario de la misma. Destaca en este sentido el análisis del Sexenio Democrático, un periodo que logró encarnar la fuerza del proceso secularizador en su punto culminante, con la idea de progreso, las aspiraciones modernizadoras y la eferescencia anticlerical que lo representaron en todo momento pero que también dejaron al descubierto sus incoherencias. Las múltiples propuestas sobre cómo materializar el “deber ser abstracto” que diría Aranguren, evidencian la debilidad de un movimiento que oscila entre la convivencia

pacífica con una Iglesia y un clero regenerado hasta los más contundentes rechazos a la Institución, como símbolo evidente de los poderes que la revolución debía erradicar si quería ver triunfar el proyecto modernizador. Una dispersión que aprovechó la Iglesia como garante de orden y estabilidad para contrarrestar el embate del progresismo y tratar de proteger sus privilegios.

En definitiva, es un libro que replantea el análisis del catolicismo español en su encuentro con las estructuras del liberalismo, desde una perspectiva temporal y temática amplia, lo que es de agradecer no solo porque trata de superar las simplificaciones derivadas de los análisis exclusivamente políticos o sociales, sino porque los integra en un mismo texto, con el consiguiente esfuerzo de comprensión y síntesis. En suma, un análisis profundo, fundamentado en una profusa y diversa utilización de fuentes, sobre una transformación clave que determinó no solo el devenir político, social o identitario de nuestra historia durante el siglo XIX, sino que como indica el propio autor, ayuda a comprender la importancia y la imbricación del catolicismo en el tejido sociopolítico de la España actual. El libro de Gregorio Alonso es indudablemente una contribución muy importante en esta dirección.

ALICIA MIRA ABAD
Universidad de Alicante